LA CRISIS DE LOS SISTEMAS DEMOCRÁTICOS LIBERALES

¿El hundimiento del proyecto liberal?

Balance y perspectivas

Philipp Blom



Un bombero trabaja en la extinción de un incendio forestal cerca de Òdena (Anoia), el 26 de julio de 2015. Fotografía: Jordi Borràs

> El estado liberal y secularizado se sostiene sobre condiciones que él mismo no puede garantizar. Esta es la gran apuesta que ha hecho por la libertad
>
> Ernst-Wolfgang Böckenförde [1]

En los círculos de los que trabajan para interpretar el presente en términos políticos y sociales, hoy es objeto de debate una palabra en particular: policrisis. Este término, acuñado por Edgar Morin y divulgado sobre todo por el historiador de economía Adam Tooze, describe un conjunto de crisis heterogéneas y que se refuerzan mutuamente, desde la pandemia hasta la inflación desatada, desde las guerras de Ucrania y de Gaza hasta la inseguridad alimentaria mundial, desde los primeros efectos visibles de la catástrofe

climática hasta la polarización política en las democracias occidentales, desde la sacudida del orden global hasta los efectos de las redes sociales en el discurso democrático y el potencial destructivo de la inteligencia artificial.

Tooze sostiene que esta crisis acumulativa es verdaderamente nueva porque, en el transcurso de la aceleración de la historia, las dinámicas globales y los conflictos, y la crisis ecológica subyacente, las estrategias de solución ya no pueden ser aisladas ni locales. Desde una perspectiva política y también histórica, destaca un elemento, porque el tambaleo de los sistemas de orden globales señala un fenómeno central: el hundimiento del proyecto liberal.

No siendo únicamente económico ni político en un sentido estricto, el proyecto liberal es, tal como lo percibe el mago russobritánico del liberalismo Isaiah Berlin, una lucha por la emancipación, por la libertad, por el estado de derecho y por los derechos de autonomía en la tradición de la Ilustración. Forman parte la democracia y los derechos humanos, la tolerancia y el compromiso cívico, así como una relación dinámica, nunca definitivamente fijada, entre el estado y el mercado.

> El proyecto liberal es una lucha por la emancipación, por la libertad, por el estado de derecho y por los derechos de autonomía en la tradición de la Ilustración

Históricamente, este proyecto está fuertemente relacionado con el ascenso de la burguesía en el siglo XIX, que también fue la gran beneficiada de su agenda política y cuya autoimagen está estrechamente entrelazada con los principios liberales. No obstante, entre sus exponentes no sólo figuraban los banqueros y los capitanes de la industria de la época heroica, sino también las voces disidentes y los renegados que le aguantaban el espejo en frente. Este liberalismo amplio no vivió sólo en Henry Ford y J. P. Morgan, sino también Friedrich Nietzsche, que condenaba a todo el liberal.

Apoteosis

La apoteosis del proyecto liberal llegó, sin duda, el año 1989 con la disolución de la Unión Soviética y el fin de la guerra fría entre el capitalismo y el comunismo. El socialismo soviético había sucumbido bajo su propio peso y no le quedaba nada para oponer al evangelio de la libertad. Había triunfado la libertad, una de las máximas preferidas de la retórica política de aquellos años.

El resto es lo bastante conocido. El politólogo Francis Fukuyama ha desarrollado una destacada trayectoria comentando, justificando o contradiciendo su artículo del 1989 “The End of History?.” La tesis del artículo, ampliada en libro el año 1992, [2] hablaba del *zeitgeist* (espíritu del tiempo) que imperaba en los Estados Unidos y en Europa en

particular: después de la victoria del sistema liberal, todos los estados y los sistemas económicos sucumbirían en adelante al irresistible magnetismo de los mercados liberales y de las democracias liberales.

Tarde o temprano, el modelo liberal se establecería con más o menos éxito en todas partes, y se crearía un mercado global que prosperaría con la mínima interferencia política y su propensión a la autorregulación: “Quizás lo que estamos presenciando no es sólo el final de la guerra fría o el final de un periodo determinado de la historia de la posguerra, sino el final de la historia como tal, es decir, el punto final de la evolución ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal occidental como la forma final de gobierno humano”.

Este era el “final de la historia” del título del artículo de Fukuyama: los conflictos entre economías de mercado liberales se convertirían en un hecho poco frecuente, los territorios ya no cambiarían de manos, no habría más revoluciones ni cambios de paradigma. Era el fin de los hechos que constituyen la historia, y, por tanto, también de la cultura burguesa que se sustenta sobre esta historia. Hay que señalar que, si bien Fukuyama describió este escenario como inevitable, fue sumamente ambivalente en cuanto a si era deseable.

El fin de la historia pasó a ser una parte integral del relato triunfal de un mundo occidental que se creía el vencedor histórico. Ciertamente, los éxitos de la civilización, el progreso científico y tecnológico, el crecimiento económico y otros indicadores eran impresionantes. Solo un siglo después de las revoluciones liberales de 1848, el denominado Primer Mundo se había convertido en un colectivo liberal a la sombra de dos guerras mundiales; y durante el periodo postbélico, las sociedades se habían transformado, no sólo por la prosperidad, sino también por la liberalización radical de los modelos sociales, por leyes más liberales y por la igualdad jurídica.

> El fin de la historia que describió Francis Fukuyama en 1992 pasó a ser una parte integral del relato triunfal de un mundo occidental que se creía el vencedor

La transformación de las sociedades y de los sistemas económicos del denominado Occidente a partir de 1945 no tiene paralelo histórico. No fue solamente Francia el escenario de los *Trente Glorieuses*, los gloriosos treinta años de crecimiento económico y paz, en que el progreso social pasó a ser una realidad para millones de personas; al lado de las autopistas y en las zonas industriales se construían numerosas bibliotecas, hospitales, universidades y teatros; y el movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos, el feminismo y posteriormente el orgullo gay marcaron nuevos hitos sociales y morales. Estas sociedades no habían sido nunca tan ricas, ni tan ricas en oportunidades, educación, bienes de consumo y derechos.

Complicaciones de la historia

Esta imagen, por descontado, resulta mucho más ambivalente cuando no se mira desde la perspectiva occidental. El apogeo de estas sociedades liberales de Occidente eclipsa el hecho de que esta también fue la época de la descolonización y de los conflictos postcoloniales, que su prosperidad y su orden liberal no se construyeron exclusivamente sobre la laboriosidad y nobles principios que le eran propios, sino que todavía se fundamentaba en la explotación, la violencia y la opresión a una escala impresionante, pero ahora estas se exportaban en gran parte. Estados Unidos, y a su lado Europa, ahora luchaban sus guerras en Vietnam y Corea, en el Congo, Nicaragua, Afganistán e Irak. Encontraron sus materias primas, y progresivamente su mano de obra barata, en otros continentes, cosa que también los permitió externalizar la destrucción y la contaminación de paisajes y de ecosistemas enteros lejos de su propio idilio.

La perspectiva postcolonial y global del proyecto liberal está necesariamente dominada por estos factores, pero también hace falta examinar hasta qué punto los mismos movimientos anticoloniales y los activistas pensaron y actuaron basándose en el proyecto liberal, y si la identificación totalmente correcta de los crímenes coloniales y capitalistas de Occidente se derivó necesariamente del proyecto liberal y lo perpetuó. Las potencias occidentales siempre han interpretado y aplicado las ideas liberales, especialmente el principio de igualdad, de una manera altamente selectiva.

Las sociedades del llamado Occidente se transformaron fundamentalmente durante el periodo postbélico, principalmente a causa de un crecimiento económico inmenso. Es importante señalar que también los éxitos sociales de este periodo sólo fueron posibles gracias al aumento de la prosperidad. Los grandes movimientos de la sociedad civil y los conflictos sociales por los derechos humanos y de las minorías son los rasgos distintivos de las sociedades relativamente prósperas. La lucha por los derechos civiles y humanos fue a hombros del *boom* del petróleo.

> Las potencias occidentales siempre han interpretado y aplicado las ideas liberales, especialmente el principio de igualdad, de una manera altamente selectiva

No obstante, no fue el petróleo y la injusticia global los que crearon el estado del bienestar, los que hicieron valer los derechos de las mujeres y lucharon por los derechos de los pueblos indígenas y contra la destrucción de la naturaleza. El proyecto liberal tuvo un impulso propio que no se podía derivar exclusivamente de estructuras hegemónicas, y el orden liberal también permitió que las voces discrepantes se hicieran efectivas. Este impulso era transformador y parecía progreso, un mesianismo laico. La hoja de ruta del futuro ya se había dibujado.

Giro en redondo

En el lapso de una sola generación, lo que parecía el triunfo global de los órdenes y los mercados sociales liberales ha resultado ser una victoria pírrica. En el contexto global, el orden liberal ha fracasado y ve como lo desafían las potencias en ascenso, mientras la globalización de la economía también ha robado a las democracias liberales su capacidad de configurar el mundo dentro de sus propias fronteras y ha transferido mucho más poder democráticamente ilegítimo a las empresas multinacionales y a los intereses económicos. Como resultado, el proyecto liberal ha pasado a ser un modelo entre otros, y un modelo que luchó por la legitimidad en su respuesta a la pandemia de la covid-19, por ejemplo.

Bien poca cosa queda del triunfo de 1989, ni siquiera en la autoimagen del proyecto liberal. Históricamente, está gravemente comprometido. La esclavitud, el imperialismo y el neocolonialismo económico hacen imposible rastrear su éxito económico hasta los principios liberales fundamentales. En el contexto de los análisis postcoloniales, feministas e interseccionales, el proyecto liberal muestra sus ángulos muertos, que continúan hasta nuestros días.

Todavía más trascendental, sin embargo, es el hecho de que el modelo liberal ni siquiera haya podido establecerse globalmente como un telos social. Aunque los estados de la Coalición de los Voluntarios, por ejemplo, unieron fuerzas y utilizaron recursos infinitos en su afán para establecer una democracia y una economía de estilo occidental en Irak y Afganistán, las continuidades históricas y las fracturas políticas en estos países resultaron ser más fuertes. Paralelamente, actores como China, Rusia o Hungría se sitúan ellos mismos como opuestos ideológicos de la sociedad occidental, que califican de decadente, y rechazan de manera explícita elementos del proyecto liberal como los derechos humanos o la política emancipadora, y salen adelante bastante bien. Tanto el número de democracias como su calidad disminuye constantemente en todo el mundo.



Miembros del servicio de orden de la gran manifestación formada por grupos ultranacionalistas y de extrema derecha con motivo del Día de la Independencia de Polonia. Varsovia, 11 de noviembre de 2023. Fotografía: Jordi Borràs

Pero la catástrofe global más grave se produce hoy en los sistemas naturales, especialmente en relación con el cambio climático y la destrucción de la biodiversidad. Los dos fenómenos son resultados directos de la sed moderno de combustibles fósiles y de la expansión industrial, efectos secundarios del éxito de la civilización occidental. Los dos fenómenos ya contribuyen a la desestabilización de los sistemas globales y todavía lo harán más en el futuro. El aumento del nivel del mar, los desastres naturales más frecuentes y más intensos, la migración de millones de personas empujadas por la desertificación y la sequía, los conflictos por el agua y las tierras cultivables, la inestabilidad política y las cadenas de suministro frágiles tendrán un impacto inmenso en las sociedades del Norte global, cosa que exacerbará la policrisis.

La aporía del progreso

En este contexto, también se produce un fenómeno que se podría denominar la autocontradicción ecológica del capitalismo, al cual está estrechamente vinculado el liberalismo. Las sociedades liberales necesitan el crecimiento económico, que han utilizado como respuesta a casi todos los problemas sociales y políticos, sobre todo porque el impulso del liberalismo no podría sobrevivir sin la idea de progreso en el horizonte.

El crecimiento económico ha aumentado enormemente en las últimas décadas, junto con la cantidad de materias primas, contaminantes, residuos y paisaje consumidos cada año. Pero

el crecimiento infinito en un sistema finito no es posible, y este crecimiento ya hace tiempo que supera sus límites ecológicos. Un espacio económico que crezca un tres por ciento anualmente duplicará su volumen al cabo de 24 años, y al cabo de 100 años, lo habrá multiplicado por diez.

> ¿Puede seguir existiendo el proyecto liberal sin la idea de progreso? O puede asumir la idea de progreso concebida de una manera completamente diferente?

Las teorías económicas que ven el crecimiento cualitativo en contraposición al cuantitativo, el crecimiento verde o el crecimiento sólo en el valor añadido y los servicios todavía no han explicado cómo se pueden desvincular el crecimiento económico y el consumo de recursos y, de hecho, ningún espacio económico todavía ha conseguido desvincularlos. Aunque el consumo de recursos y las emisiones contaminantes crecen menos rápidamente que la productividad, siguen creciendo y ya superan de manera desastrosa las dimensiones sostenibles.

La única medida eficaz contra la catástrofe ecológica inminente es reducir las materias primas consumidas y, por consiguiente, reducir el consumo y el crecimiento. ¿Pero cómo podrá un Occidente con un crecimiento reducido y, por lo tanto, con una prosperidad reducida, seguir financiando el estado del bienestar y la infraestructura de sus democracias, sin olvidar la defensa contra agresores como la Rússia de Putin? Estas preguntas fundamentales también continúan sin respuesta.

¿Es posible la existencia misma de un orden liberal sin crecimiento? Esta es una pregunta filosófica y al mismo tiempo económica. ¿Puede seguir existiendo el proyecto liberal sin la idea de progreso o puede asumir la idea de progreso concebida de una manera completamente diferente? El pensamiento liberal, igual que el pensamiento marxista, tiene una fuerte relación con un futuro mejor, racional y construible. ¿Qué se hará si este futuro ya no se puede presentar de una manera plausible?

Crisi de la democracia

La crisis real del proyecto liberal ocurre dentro de las sociedades nacidas del proyecto mismo. Las democracias del Norte global estaban orgullosas de sus éxitos históricos y de su constitución única, que dio como resultado, entre otros, una estabilidad sorprendente. No obstante, el escenario político que hizo posible esta estabilidad se ha desvanecido hasta ser un recuerdo borroso en dos décadas bajo la presión de los acontecimientos.

Los partidos populares que habían contribuido a dar forma a las fortunas políticas durante largos periodos se han hundido o han sido secuestrados y moralmente menoscabados por figuras del calibre de Boris Johnson y Donald Trump. Los populistas de la variedad de

derecha más salvaje ganan elecciones parlamentarias en países como el Brasil, Argentina, los Países Bajos y la India, y se les encarga formar gobiernos. En otras democracias antiguas, como Hungría y Turquía, el proceso democrático sólo sirve para mantener una apariencia del estado de derecho.

Aquí es fundamental recordar que las democracias son una excepción histórica absoluta; muchas sólo alcanzaron su forma completa (por ejemplo, con el sufragio femenino) en los países europeos después de la Segunda Guerra Mundial. Podrían volver a desaparecer de manera mucho más rápida y fácil en comparación con lo que costó luchar por conseguirlas.

El cambio en el panorama político de los partidos sólo es un síntoma de un desarrollo más profundo y existencial, que se manifiesta en la sociedad como un debilitamiento de la confianza social y una fuerte polarización del discurso. La desconfianza y la animadversión contra las llamadas élites hacen salir a la calle centenares de miles de personas. Además de los políticos, en estas élites hay científicos, trabajadores culturales y otras figuras asociadas al conocimiento establecido. Al mismo tiempo, disminuye el número de personas que creen que la democracia es la mejor forma de sociedad, sobre todo entre los más jóvenes.

Arqueología de las causas

Aunque los desarrollos que han desembocado en esta alarmante conclusión han estado más o menos virulentos subterráneamente durante mucho tiempo, han salido a la superficie sólo en los últimos años y a raíz de varias crisis, como la lava de un volcán que todo el mundo cree extinguido.

Como la misma policrisis, las causas del hundimiento del sueño liberal son híbridas y heterogéneas. Empezando por la vertiente económica, el uso de combustibles fósiles, y en particular del petróleo, multiplicó la productividad y el alcance tecnológico, e hizo posible en primer lugar el desarrollo explosivo de las sociedades liberales, de los movimientos, de los materiales, de los bienes de consumo y de la productividad. Al mismo tiempo, sin embargo, la explotación de combustibles fósiles también ha provocado un aumento inmenso de CO_2 en la atmósfera (la humanidad ha consumido más combustibles fósiles desde 1990 que en toda la historia anterior), de microplásticos en los océanos, de fertilizantes, pesticidas y residuos químicos en los ríos y en el suelo, y la catastrófica reacción en cadena de los sistemas naturales que ahora se conoce como crisis climática.

> Actualmente, la catástrofe global más grave se está produciendo en los sistemas naturales, especialmente en relación con el cambio climático y la destrucción de la biodiversidad.

El triunfo del proyecto liberal creó muchos perdedores, empezando por los estados de la antigua Unión Soviética, cuya sensación de derrota histórica se vio agravada por el hecho

de que la introducción de principios de libre mercado, en lugar de comportar mejores condiciones de vida, a menudo condujo a la anarquía y al despotismo a instancias de unos cuantos oligarcas. Todo eso hace entrar en escena una motivación política que probablemente es una de las más poderosas de todas: el sentimiento de humillación. Todavía está por escribir una historia política de la humillación.

Una nueva aristocracia

En su obra histórica *El capital en el siglo XXI*,[3] en que el autor juega deliberadamente con los ecos históricos, el economista francés Thomas Piketty demostró que, en las democracias del Norte global, los ingresos del capital crecen más rápidamente y tributan menos que los del trabajo. Así pues, en las democracias liberales del Norte global se está formando una clase exclusiva y cada vez más impenetrable de rentistas y propietarios. Una casta de herederos determina la nueva realidad política. La permeabilidad social de las sociedades de la posguerra es una característica del pasado.

Los estudios sobre la distribución global de los recursos y el aumento de la "superriqueza", multimillonarios y paraísos fiscales, sugieren que el análisis de Piketty se puede ampliar un poco más. Las democracias liberales no sólo han tolerado sino que, gracias a una legislación adecuada, han promovido activamente la formación de una cosa parecida a una nueva aristocracia, una casta de herederos a la cual se accede exclusivamente por medio de trayectorias excepcionales como las de los CEO, las estrellas del pop y del deporte y las otras celebridades que habitan más allà, en un mundo paralelo, una comunidad cerrada en medio de la sociedad. Sus inmensas fortunas no sólo están "protegidas" de los impuestos por diferentes constructos, sino que además tienen una influencia desproporcionada en la toma de decisiones democráticas gracias a donaciones directas, fundaciones, laboratorios de ideas, grupos de presión, demandas, candidaturas y otros canales, que reducen el principio de democracia al absurdo.

Este desarrollo se ha producido a pasos de gigante. Hacia el año 1960, el CEO de una gran empresa norteamericana ganaba cerca de treinta veces el sueldo medio de sus empleados; hoy, el sueldo de los altos directivos es casi cuatrocientas veces más alto. Según Oxfam, la riqueza de los diez hombres más ricos del mundo se duplicó durante la pandemia y ahora poseen tantos recursos como los 3.100 millones de personas a más pobres juntas. Mientras tanto, los votantes pierden la fe en un sistema que cada vez produce más superriqueza, pero que ha roto la vieja promesa democrática de un progreso social posible.

El auge llegó en la década de 1980, después del choque del petróleo y con Thatcher y Reagan. La globalización de la producción industrial aportó prosperidad en los países del Norte global y, sobre todo, más materias primas y bienes de consumo baratos. Al mismo tiempo, la armonización económica y la coordinación de tantos elementos a escala mundial requería imbricar la política del poder y la administración tecnocrática mediante acuerdos y normas internacionales, cosa que reducía cada vez más el poder de decisión de las democracias individuales. Empezó la era de la tecnocracia. Las cuestiones políticas se reformularon como problemas técnicos para ser resueltos por los expertos. Es probable que

el éxito de la Unión Europea se deba a este principio. Pero esta gestión tecnocrática de los temas sociales también hace que el espacio político se ahogue por falta de oxígeno.

> Las democracias liberales no sólo han tolerado sino que, gracias a una legislación adecuada, han promovido activamente la formación de una cosa parecida a una nueva aristocracia

El populismo también es una reacción a la percepción totalmente justificada del estancamiento económico, el paternalismo cultural y la falta de participación política. Esta humillación múltiple se convierte en capital político y prepara el camino hacia el poder a los populistas. Es política para personas "normales" que, sintiéndose amenazadas, despreciadas e ignoradas, aceptan las imágenes del enemigo que se le ofrecen para volver a ser sujetos políticos. Su ira se dirige fácilmente hacia los símbolos de su alienación y humillación: hacia los migrantes, las identidades alternativas o "las élites" cuando lo que buscan es la ruptura radical de un sistema que parece inamovible. Desde la Grande Bretanya del Brèxit hasta la India de Narendra Modi y Javier Milei en Argentina, en las encuestas sigue apareciendo la misma respuesta: sólo queremos un cambio.

Ganar te vuelve estúpido

El análisis anterior está lejos de ser completa, y el papel de las redes sociales en particular merece ser considerado. Con todo, surge un panorama al mismo tiempo conocido y sorprendente: hoy el proyecto liberal fracasa, no a causa de sus oponentes o por sus debilidades, sino precisamente por sus fortalezas. Ganar te vuelve estúpido.

Deslumbrados por el efímero triunfo del liberalismo, muchos de sus protagonistas no vieron lo que ganar hace a los ganadores, y lo que perder hace a los perdedores. El fortalecimiento de las libertades personales, la juridificación de los procesos sociales, la liberalización de los mercados, la privatización de las infraestructuras estatales, la globalización de la economía, el progreso social y el fortalecimiento de la libertad individual de elección y la libertad de expresión fueron piezas fundamentales para el proyecto liberal en su interpretación neoliberal. De hecho, estos elementos no sólo se implantaron en las democracias del Norte global, sino que su poder fue tan inigualable que desarrollaron un impulso propio irresistible. Su virulencia social provoca el deseo de abolir el sistema actual al considerarlo irreformable, una conclusión que comparten tanto los populistas de derecha como los activistas por el clima.

Después de seis décadas en que el proyecto liberal marcó el tono en el Norte global y mundialmente, ahora el proyecto liberal está más estropeado y es menos creíble que nunca. Le han arrancado su justificación histórica, no se han cumplido sus expectativas y sus ideas progresistas sobre la moral y las identidades sexuales han llevado a la polarización social. Su poderosa interpretación económica hizo que se reinventara la polis como mercado y

poco después como oligarquía, encabezada por fortunas y empresas inmensas y activas mundialmente, la influencia de las cuales cae fuera de cualquier contexto democrático. La juridificación de los procesos sociales desembocó en una estasis por la cual, sobre todo en tiempo de crisis climática, cualquier decisión política se puede bloquear legalmente; y el énfasis en el individuo provocó una epidemia de soledad y pérdida de confianza. Cualquier fuerza utilizada en exceso se transforma en debilidad.

¿El mundo de después?

El posible hundimiento del proyecto liberal como sistema de estado de derecho y derechos humanos no es únicamente un aspecto arbitrario de la actual policrisis; este hundimiento pondría directamente en peligro la continuidad de las sociedades constituidas democráticamente y, por lo tanto, añadiría una nueva dimensión de destrucción a la crisis. Si una proporción lo bastante numerosa de la población de un país ya no se siente representada, ya no se identifica con el sistema de gobierno e incluso ve que este viola sus intereses, este sistema caerá, sea por una revolución violenta (como en el asalto al Capitolio en Washington) o sea, más probablemente, por una toma de poder parapor populistas autoritarios y una transición hacia a la “democracia iliberal” a la manera de Viktor Orbán.

En los estados del bienestar de la posguerra favorecidos por el crecimiento económico, millones de personas vieron las oportunidades y las esperanzas de un futuro mejor en el estado y, por lo tanto, también en los principios liberales y los procesos democráticos que eran el motor. En las democracias de la policrisis, la fe en la posibilidad de un futuro favorable desaparece junto con la fe en la democracia misma.

“El estado liberal y secularizado se sostiene sobre condiciones que él mismo no puede garantizar. Esta es la gran apuesta que ha hecho por la libertad”, escribió el teólogo y politólogo Ernst-Wolfgang Böckenförde en 1961. Su intención no era atacar el estado laico ni siquiera retratarlo como imposible, sino señalar que no puede existir un gran sistema de gobierno sin alguna forma de trascendencia compartida, como deja claro el resto de la cita:

> “Por una parte, sólo puede existir como estado liberal si la libertad que concede a sus ciudadanos se regula a sí misma desde dentro, desde la sustancia moral del individuo y la homogeneidad de la sociedad. De otra, no puede pretender garantizar por sí misma estas fuerzas reguladoras internas, es decir, mediante la coacción legal y el mandato autoritario, sin renunciar a su libertad y, en un plan secularizado, volver a caer en la pretensión de totalidad de donde surgió en las guerras civiles confesionales.” [4]

Hoy el dilema de Böckenförde todavía se ha agudizado más. Lo que denominamos educación humanística ha intentado sustituir la autoridad de la Biblia por Homero,

Shakespeare, Beethoven y Goethe, con un canon de obras de referencia y las virtudes e historias cinceladas en sus relatos. Este marco, sin embargo, no se ha mantenido, porque la comercialización de todos los relatos ha destruido la idea de un canon y ha hecho que todas las historias fueran iguales e igualmente comercializables. A raíz de este intento de trascendencia, el último y secular, sólo queda el consumo, en que promete la participación en el mundo de las marcas, de los *cool* y de los ricos.

Mientras que el mesianismo de los teóricos socialistas y liberales ha estado así refutado por la historia, el populismo no ofrece más que un retorno a un pasado imaginario. Sigue siendo un reto para las sociedades liberales crear una trascendencia lo bastante fuerte, una historia compartida, sobre todo en sociedades complejas caracterizadas por la migración y la urbanidad moderna..

> En las democracias de la policrisis, la fe en la posibilidad de un futuro favorable desaparece junto con la fe en la democracia misma.

El rápido declive de las grandes democracias sólo se puede revertir si la mayoría de ciudadanos identifican sus intereses, sus historias de vida, con los de una democracia liberal que funcione. Eso sólo será posible si se fortalece la participación social y política, si se rompen los monopolios, si se limita la influencia de los mercados globalizados en las economías y las ecologías locales, si se hace la transición energética y si se minimiza la influencia de las grandes fortunas en el proceso político. Eso puede requerir otras formas de democracia, como consejos ciudadanos y otras formas de seguridad económica ante la automatización y la IA, como resultado de una renta básica incondicional, por ejemplo

En su interpretación neoliberal, el proyecto liberal ha servido de justificación para la transformación de las grandes democracias en filiales empresariales. Sin embargo, un proyecto liberal, emancipador, alimentado por las fuentes de la Ilustración y por las ciencias, también podría aportar elementos estratégicos contra el hundimiento social y político. Los ilustrados de los siglos XVII y XVIII lo sabían todo sobre los peligros del hundimiento. A pesar de toda su audacia metafísica, valoraban su estabilidad.

Un *ethos* liberal y emancipador inspirado en estos rebeldes filosóficos vería que la libertad sólo se puede alcanzar, si tal cosa es posible, gradualmente y dentro de nuestros límites ecológicos. No puede haber emancipación, libertad y, al fin y al cabo, democracia en sistemas que no se adaptan, ni solución a ningún gran problema sin justicia redistributiva global. Pero hay un espacio creativo en la transformación democrática y en la reconstrucción del interés público como aparte del ecosistema más amplio que el *Homo sapiens* comparte con otras formas de vida. Hay libertad e incluso esperanza para imaginar futuros posibles, relatos compartidos posibles y motivaciones para la transformación ante las crisis crecientes.

REFERENCIAS Y NOTAS

1 — Böckenförde, E. W. (1967). “The Rise of the State as a Process of Secularization”, a Mirjam Künkler i Tine Stein (eds) (2020), *Religion, Law, and Democracy: Selected Writings*, Oxford Constitutional Theory, p. 152-167.
2 — Fukuyama, F. (1992). *The End of History and the Last Man*. The Free Press.
3 — Piketty, T. (2013). *Le Capital au XXIe siècle.* Collection «Les Livres du nouveau monde». Le Seuil.
4 — Böckenförde, E. W. (1967). “The Rise of the State as a Process of Secularization”, a Mirjam Künkler i Tine Stein (eds) (2020), *Religion, Law, and Democracy: Selected Writings.*



Philipp Blom
Philipp Blom es historiador, escritor y periodista. Estudió Historia, Filosofía y Estudios Judíos en Viena y Oxford. Es autor de varios ensayos sobre la historia de Europa de principios del siglo XX, entre los que destacan *The Vertigo Years* (2008) o *Fracture: Life and Culture in the West* (2017), donde describe la década y media antes del estallido de la Primera Guerra Mundial. También es autor de *A Wicked Company: The Forgotten Radicalism of the European Enlightenment* (2010). En sus últimas publicaciones –*Nature's Mutinity* (2019) y *What is at Stake* (2021)– Blom reflexiona sobre el cambio climático, la digitalización y la democracia.